

Editorial

El papel crucial
que desempeñan actualmente los me-
dios de comunicación masiva en la sociedad es inobjetable.

Su poder es tal que solamente una reglamentación adecuada por parte del Estado y una acuciosa vigilancia ciudadana pueden acotar sus inevitables sesgos, las innumerables distorsiones en que incurren cuando se ven afectados los intereses de sus propietarios. Se trata de una batalla incesante, de una tarea digna de Sísifo, pues es como remontar una pesada piedra a la cima de una montaña para verla caer inmediatamente después. La democracia nunca está ganada por completo; más que un estado se trata de un proceso, de un ejercicio constante por parte de los ciudadanos.

Lamentablemente en nuestro país la reglamentación que concierne a los medios de comunicación poco favorece la democracia; la capacidad de intervención de los ciudadanos es restringida en la medida que el acceso a los medios les es limitado por las propias leyes. Si a ello añadimos, en el caso de la información referente a cuestiones científico-tecnológicas, el enfoque predominante al ser abordadas por los medios, la situación es aún más grave, ya que la ciencia suele ser vista como una entidad colocada por encima de toda influencia social, política e ideológica, dotada por tanto de una objetividad total y absoluta.

A esta visión predominante, en *Ciencias* hemos tratado siempre de contraponer la de una ciencia inmersa en un contexto social, cultural, hecha por seres humanos que comparten los valores e ideas del resto de la sociedad y por lo mismo su creación nunca es ajena a su contexto. Esta manera de presentar la ciencia y la tecnología nos parece fundamental para hacer de la comunicación de la ciencia un elemento más en la construcción de una sociedad democrática. Basta enumerar algunos de los asuntos sociales donde interviene factores de orden científico-tecnológico —contaminación ambiental, organismos transgénicos, bioética, etcétera— para darse cuenta de que no es poco su quehacer.

Lo acontecido en las recientes elecciones presidenciales es ilustrativo al respecto. El sistema de cómputo empleado para obtener los resultados de la votación, desde su concepción hasta su ejecución y los consiguientes resultados, ha sido presentado en la mayoría de los medios de comunicación como un artefacto tecnológico inmaculado e inobjetable, lo cual fue apoyado por diversos académicos y funcionarios que laboran en las instituciones encargadas de este asunto. Sin embargo, esta posición ha sido severamente cuestionada por diferentes sectores de la sociedad, entre los que se destaca un amplio grupo de académicos de nuestra casa de estudios, quienes realizaron distintos análisis de los datos obtenidos y de su procesamiento. El debate así entablado, con sus cifras, poco espacio ha recibido en los medios de difusión.

En este número de *Ciencias* decidimos por tanto abrir un espacio a tan necesaria discusión, con la intención, como siempre, de que nuestros lectores puedan tener puntos de vista distintos, elementos de análisis, y así poder llegar a sus propias conclusiones. Las ilustraciones que acompañan los textos —caricatura política—, pretenden dar cuenta, de manera tangencial y con énfasis en cierto periodo, de la larga lucha que se ha llevado a cabo en nuestro país para lograr el respeto al voto. Al parecer, una quimera que sigue moviendo a la sociedad

mexicana. 